

De Literatura y Ropa:

Para una semiótica del vestido

DR. JAVIER CIORDIA MUGVERZA

Depto. Español, UPR-Ponce

DE LITERATURA Y ROPA: PARA UNA SEMIÓTICA DEL VESTIDO

I. La ropa

“Es evidente que muchos de los recursos estudiados por la poética no se limitan al arte verbal”.

Roman Jakobson

“...muchos rasgos poéticos forman parte no solo de la ciencia del lenguaje, sino también de toda la teoría de los signos”.

Roman Jakobson

“El único indumento popular que es de verdad eterno es el harapo. El mendigo que con fruición dibuja una y otra vez Rembrant es idéntico al de Goya, y ambos no se diferencian del mendigo medieval. Lo cual - entre paréntesis- nos insinúa sutilmente que, como el harapo, el oficio que simboliza es un modo eterno de ser hombre, un modo radical, invariable, categórico, en comparación con el cual todos los otros modos de ser hombre resultan transitorios, mudables y anecdóticos. El mendigo es acaso la forma más pura de conservarse Adán a través de la historia”.

José Ortega y Gasset, O.C.II, p.781.

Este ensayo es un intento de proximación al vestido a través de la teoría lingüística y poética de Roman Jakobson, según la expone en su más reconocido estudio. Parto, pues, de que el vestuario constituye un signo de comunicación, un lenguaje y lo someto, como tal, a cuatro de seis funciones que el ilustre lingüista distingue en todo acto del habla: la del quién del hablante o función expresiva; la del qué del mensaje como tal o función denotativa; la del a quién del oyente o función apelativa; y la del cómo o función estética.

En este intento de aproximación, me apoyo en varios textos o citas arrancados de obras maestras de la Literatura Española y en la experiencia de la vida.

Lo que pretendo es ver, mediante esta transferencia de la teoría jakobsoniana al vestido, lo que éste en verdad significa. Porque definitivamente, el ser humano se comunica, y transmite mensajes a través de su atuendo. Y si no, que se lo pregunten, por poner un ejemplo, al Lazarillo de Tormes.

La ropa, como asunto literario, a veces, incluso, como tema, aparece en la literatura española, de forma consecutiva e intermitente, a lo largo de todo su trayecto. Basta con asomarse a ella para poder comprobarlo. Si abrimos, por ejemplo, el Cantar de Mío Cid, - principios del siglo XIII-, en el momento de su llegada a las Cortes de Toledo, veremos que éste entra en ellas majestuoso y señorial, como quien sabe que protagoniza un papel histórico. Lo que pretende es, sin duda, impresionar, hacerse ver, deslumbrar con sus riquezas y, claro está, reivindicar la honra que, por culpa de los «suos inimicos malos», allí presentes, había perdido. El juglar, siempre culto y alertado, crea con maestría impar, la atmósfera de honorificencia y de prestigio que le corresponde. Parte de este prestigio radica en sus atavíos: en los mantos, los armiños, las capas de pieles, las túnicas, los bordados de oro y de plata, etc. El Cid ha ido allí para demostrar que es alguien. Y esta demostración se la confía de entrada, a sus paramentos (Cfr. vv.3070.3100).

Si de los años iniciales del siglo XIII saltamos a los postreros, descubriremos un poema muy de la época: el Debate entre Helena y María. Se trata en él de dos hermanas que discuten entre sí, acaloradamente, sobre las excelencias de sus respectivos amantes: un hombre de letras o clérigo, y un hombre de armas o caballero. En este doble alegato de preferencias amorosas y profesionales, el argumento económico desempeña un papel capital. La dimensión utilitaria del amor no se puede ocultar en ninguna de ellas. Y, cosa curiosa, su querencia más llamativa es, precisamente, la del vestuario. Los términos «manto», «camisa», «pañó», «vestido», «brial» y otros sinónimos se

aducen con insistencia como prueba de amor y de valía de los amantes. En un momento dado, Helena, que es la electa del caballero, prorrumpie:

*A mi me tiene con regalo , bien vestida y bien calzada:
vísteme de cendal y de otras telas que valen más».*
(vv.95-98)

Por su parte, María, que ha desacreditado al caballero en cuanto al vestir, arguye respecto al clérigo:

*Mi enamorado, bien te lo digo viste como se le antoja:
manto o pellizón; no pasa hambre ni frío, ni le falta
un vestido. Por la mañana, en la helada, se pone una
capa de piel de cordero, bien cerrada* (vv.175.180)

O sea, que la vestimenta es un significante que prueba la calidad de los amantes e, incluso, de su amor. Lucir y regalar buena ropa expresan, por parte de quienes así lo hacen, dignidad, honra, valía, calidad amorosa.

Ya en pleno siglo XIV, se publican en la península ibérica dos libros fundamentales: El Conde Lucanor, del Infante Don Juan Manuel, y el enigmático y sabrosísimo Libro del Buen Amor, de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. El primero aparece entre 1335-1340; el segundo, según su versión segunda, en 1343. En ambos textos, originalísimos y sabios, se da cita, como preludeo de lo que luego llamaremos la épica de la trampa, la picaresca del atuendo. En la primera de estas creaciones, El Conde Lucanor, se nos ofrece el relato (Ejemplo XXXII) de tres sastres que se presentaron ante un rey afirmando que podían tejer cierta tela que sólo eran capaces de ver los que fueran de verdad hijos legítimos de quienes consideraban que eran sus padres. El rey, deseoso de averiguar el linaje de sus cortesanos, para adueñarse de su fortuna en caso de que fueran ilegítimos, aceptó la propuesta. Y ya sabemos lo que ocurrió cuando, al fin, estrenó su mirífico traje. Todos lo veían desnudo, pero nadie se atrevía a decírselo. Sólo un negro, al que no le importaba mucho que lo tuvieran por bastardo, se atrevió a decir al rey que iba desnudo. Este le

reprochó su bastardía, pero no tuvo éxito. La voz del supuesto ilegítimo se había propalado ya y todos asentían y certificaban su pública desnudez. Había sido víctima de su propia codicia y de la astucia de los tres pícaros sastres.

En el Libro del Buen Amor, una de las más sapienciales y satíricas creaciones de las Letras Españolas, se pergeña, a cuenta, igualmente, del vestido, otra facecia digna, si no de encomio, sí de memoria. Me refiero al episodio de la consecución, por parte de los romanos, de las leyes de los griegos. Todos saben que los hijos del Lacio las deseaban con ahínco para el gobierno de su república; pero los de la Hélade, celosos de su código, no se las querían otorgar, pues entendían que no estaban capacitados para asumirlas ni para darles buen uso. Mas, tras súplicas y más súplicas, se avinieron a discutir con ellos, a fin de comprobar si eran o no merecedores de las mismas. Determinaron para ello que se eligiese un representante de cada nación y se organizase un debate público entre ambos. Así lo hicieron. Los herederos de Sócrates y Platón seleccionaron al mejor de sus doctores; los romanos, por el contrario, quizá por aquello de que la ignorancia es atrevida, a un desvergonzado y analfabeto truhán, al que vistieron con la más regia y docta indumentaria. Y éste fue el éxito de su estrategia: la investidura. Pues, tan pronto se vio el truhán con aquellos ropajes, se llenó de euforia y se creyó, no ya inteligente, sino hasta el más letrado de los filósofos, dispuesto, por lo tanto, a cualquier aventura intelectual. Apunta el texto:

*Vistiéronle muy ricos paños de gran valía cual
si fuese doctor en la filosofía:
Dijo desde el sitial, con brabuconería:
'Ya pueden venir griegos con su sabiduría'.
(Estrofa 53. Versión de María Brey Mariño)*

No tuvo, pues, empacho en representar a su pueblo frente al griego. Fue un debate por señas y, paradójicamente, pese a su imbecilidad, lo ganó. De este modo, por un idiota engreído por el ropaje, llegó al pueblo romano la sabiduría legislativa de los griegos.

La picaresca del vestido prosigue en nuestras letras, ya en el siglo XV, con dos libros claves: el Rimado de Palacio, del canciller Pero López de Ayala, con su diatriba contra los mercaderes y el, por demás curioso y docto en misoginia, Arcipreste de Talavera o Corbacho, (1438) de Alfonso Martínez de Toledo. En éste - me refiero al capítulo IX de la tercera parte- la picaresca se cifra en parecer que se es lo que no se es. Así, para ostentar el linaje y la riqueza que no se tienen, se piden de prestado vestidos y prendas que los simbolicen y signifiquen socialmente. Porque, por más que el refrán diga que «al que se viste de ajeno, en la calle lo desnudan», no siempre sucede así. Y ya que he citado un refrán, recordaré que el Refranero Español recoge no pocos sobre el particular. He aquí varios: - El hábito no hace al monje. (Con él se afirma que la forma externa no corresponde, necesariamente, a la interna).

- Aunque la mona se vista de seda, mona se queda. (Significa que, por más que se encubra lo natural, siempre aparece).

- Un palo vestido no parece palo. (La buena presentación facilita las relaciones sociales y prestigio. Lo mismo sugiere esta otra versión: Vistan un palo y parecerá algo). - Seda y raso no dan estado, mas hacen al hombre autorizado. (Es decir, que el vestido da «cachet», distinción).

- Vestido está el que vestirse puede. (En otras palabras: la ropa evidencia el bienestar y la riqueza de quien la lleva).

- Vestidos dan honor, que no hijos de emperador. (Se afirma que el vestido hace más que la calidad de la persona, si ésta se presenta andrajosa).

- Guarniciones y crin dan venta al rocín. (La apariencia externa vende bien la mercancía).

Como se ve, la paremiología sobre el vestido resulta contradictoria: Por una parte lo valora e, incluso, supervalora; por otra, sin embargo, le niega valor de identidad en relación con la persona.

Vestido y monje, por ejemplo, no se identifican. La paremiología, pues, supone en este punto una semiótica diacrítica, como afirmación simultánea de verdad y de apariencia o trampa.

Esta semiótica diacrítica alcanza su máxima expresión, acaso, en un libro anónimo de inconmensurables resonancias; el que se titula, para gloria de las Letras Españolas, Lazarillo de Tormes, (s. XVI). Todos contemos sus desventuradas aventuras. Una de las más eficaces y satisfactorias para su economía fue la de su trabajo como aguador por las calles de Toledo. Le fue tan bien en este oficio que, al cabo de cuatro años de subir y bajar por sus callejas arreando al borrico que llevaba los cántaros de agua, hizo, como quien dice, su pequeña fortuna: la fortuna diría, de su liberación del cargo. Pero oigámoselo contar a él. No hay mejores palabras que las suyas. Leemos:

Fueme tan bien en aquel oficio que, al cabo de cuatro años que lo usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja, de la cual compré un jubón de fustán viejo y un sayo raído de manga trenzada y puerta - (¿escote?)-, y una capa. que había sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuéllar. Desde me vi en hábito de hombre de bien, dixé a mi amo que se tomase su asno, que no quería más seguir aquel oficio.

(Final del Tratado Sexto).

Es decir, que para Lázaro de Tormes, el hábito sí hace al monje. Tan es así que abandona el oficio de aguador y se instala, en virtud de unos viejos ropajes y de unos viejos símbolos nobiliarios, en el estado de hombre de bien que es, en la semiótica profunda del texto, el estado de la trampa pura. Lázaro sabe ya, a estas alturas de su vida, que el «busilis» de ésta no está en ser, sino en parecer que se es, como se lo han enseñado, magistralmente, uno tras otro, todos sus amos.

También El Buscón, de Quevedo sabe la suyo sobre las propiedades del ropero. Por eso, cuando se determina a ser alguien, recurre a la estrategia de vestirse lo más lindamente que puede.

Y si quiere envilecer a alguien, desacredita su indumentaria. Es lo que hace con el Licenciado Cabra, que es quien administra el pupilaje de Segovia en el que él se hospeda como criado de don Diego Coronel. Veamos cómo lo describe:

Tenía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras, y guarniciones de grasa. La sotana era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra, y desde lejos entre azul; traíala sin ceñidor. No traía cuellos ni paños; parecía, con los cabellos largos y la sotana mísera, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. (Ed. de Américo Castro, Espasa Calpe, Madrid, 1967, cap.III, pg.34).

El modo de vestir configura a la persona y, al configurarla, la deshonra o la ennoblece. La del Dómine Cabra es una configuración denigrante. No siempre, sin embargo, el vestido y la persona se corresponden. Tras un sayo pobre se puede ocultar un genio. Antonio Machado, autor de dos de los libros más relevantes de nuestra historia literaria – Campos de Castilla, en verso, y Juan de Mairena . en prosa-, dijo algo de sí mismo que responde a lo que acabo de señalar: «...ya conocéis mi pobre aliño indumentaria». Podría parecer Zeta, pero era A.

Para cerrar este acarreo de citas, que se podrían multiplicar ‘ad nauseam’, me voy por un instante a un cuerdo de José Saramago, Premio Nobel de Literatura en 1998. Se titula El traje al revés y pertenece a su libro De este mundo y del otro, (Editorial Ronsel, Barcelona, 1997). Es un relato de carácter autobiográfico y satírico a la vez. Su tema, el afán de renovación personal. Su asunto básico, el estreno de un traje al inicio del año nuevo. Pero este traje que, en el fondo simboliza el deseo de iniciar una nueva vida, rib siempre se logra, puesto que los recursos económicos no lo permiten. Entonces se acude al sastre para que le dé la vuelta al traje viejo y lo rehaga. Cuando lo reciben ya rehecho, luce momentáneamente como nuevo, pero enseguida se advierten los recosidos, el brillo de los desgastes, el revés de la trama ... También los

buenos propósitos de cambio de conducta afloran con vitalidad y entusiasmo durante las últimas doce campanadas del año viejo, pero al día siguiente o a los pocos días, se ve que aquellos hermosos propósitos se desvanecen:

!Ay, ilusiones, ilusiones, cuán poco duráis! Los buenos propósitos de la noche no resisten al día siguiente. Este trae la luz desmixtificadora, el autobús que llega con retraso, la lluvia que penetra por los zapatos de verano usados en invierno, el choque con alguien que hizo también grandes promesas, pero que no va a ser capaz de cumplirlas. El día siguiente es irónico y auténtico: viene con balanzas contrastadas en las que van a ser pesadas las intenciones, y (.....) finalmente volvemos a lo que éramos, a lo que nunca hemos dejado de ser.

(Op. cit. pgs.76-77)

El cambio de vestido como signo de cambio de vida responde a un ritual muy antiguo y muy vivo aún en el ámbito de las órdenes religiosas y en la administración de los sacramentos. Pero este punto, que atañe a la teología del vestido, está ya estudiado Paso, pues, sin más, al esbozo de algunas reflexiones sobre la semiótica del atuendo en general.

II. Vestirse

Vestirse, desvestirse e, incluso, «estar vestido para la desnudez’, como escribe, sabía y paradójicamente, Matos Paoli, son tareas de índole privada, pero socialmente plurisignificativas. Lo son así, porque el vestido, como significante, constituye un lenguaje tan multívoco y vario como el oral y el gráfico. Un lenguaje con su vocabulario propio y con su argot, incluso, que no siempre resulta fácil de traducir o de entender. Eso sí, como signo de comunicación que es, identifica a la persona, al par que te permite cifrar mensajes. En el fondo, el lenguaje del vestido posee las mismas funciones que Roman Jakobson, en su famoso estudio sobre Lingüística y poética, distingue en el lenguaje oral; a saber: la denotativa, la expresiva, la apelativa y la estética. Las otras dos funciones - instrumental o fáctica y metalingüística- no poseen, creo, tanta relevancia.

A. Función denotativa:

Desde el punto de vista de la función denotativa o referencial, la indumentaria de una persona denota la calidad de su textura, ¡a comodidad, la funcionalidad, el ajuste ecológico, etc. y nos informa, de ordinario, sobre la edad, el sexo, la economía, la cultura, el grupo social a que pertenece, la profesión, el cargo y, en ocasiones, hasta la relación con su propio cuerpo. Me detengo en un punto: el ajuste ecológico. La ropa es, sin duda, después de la piel, nuestro primer refugio contra las inclemencias atmosféricas: algo así como la concha para el galápagos. En este sentido, las diferencias intercontinentales del vestuario son obvias: la guardarropía de un esquimal difiere de la de un habitante del trópico. No obstante, a veces, por razones de enajenación o mimetismo, puede ocurrir que el vestuario de una persona o de un pueblo sea el hazmerreír de los maniqués y de las perchas. Me viene a la memoria uno de los ensayos más impresionantes y patéticos del gran Martí: «Nuestra América». Es éste un texto en el que, básicamente, reclama el derecho a la autoctonía gubernamental y a cuanto represente la idiosincrasia de los países hispanos:

El gobierno -declara- ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. (Páginas escogidas, Selección y prólogo de Alfonso M. Escudero, 3 ed. Col. Austral, 1971, p.119)

Y de acuerdo con este reclamo repudia la extranjería en todas sus versiones. Una de estas es la del vestido. Escribe:

Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chapetón de Norteamérica y la montera española... Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con las alpargatas en los pies y la vincha en la cabeza (ibid.p. 122)

El acomodo ecológico, como rasgo dialectal del vestido, se percibe tan pronto se cruzan

las fronteras. Cuando se pasa de un continente a otro, no sólo se dialéctica, sino que, hablando hiperbólicamente, hasta se metasemiza un poco, es decir significativamente. Como el tiempo y el espacio son factores de diversidad, en cada nación y en cada época prevalecen determinados criterios o normas que regulan la veste. La etiqueta no es igual para todos. La topografía y el clima diversifican, no sólo la confección material del indumento, sino hasta el diseño y el colorido. El trópico, por ejemplo, no sólo irisa el plumaje de los pájaros, sino que colorea también las telas con que su gente se cubre. Sí bien los medios de comunicación y las modas, como fenómeno de unificación compulsiva y de mimesis, han borrado, en gran medida, las fronteras de la singularidad, todavía resaltan de modo manifiesto las tonalidades. En los países europeos predominan la sobriedad y austeridad de los tonos grisáceos; en tanto que en nuestras latitudes esplenden la viveza y el fulgor de la policromía vital y gozosa.

Que el vestido, al igual que un vocablo o una obra literaria pueden metasemizarse es un hecho del diario vivir. Lo que ayer se calificaba de atrevido o desvergonzado, hoy nos resulta, no sólo ingenuo, sino hasta romántico y encantador. Cuando se observa, por ejemplo, las fotografías playeras de la década del 20, tan escandalosas según el discurso ético de la época, inevitablemente, uno se sonríe. Recuerdo el sobresalto de mi padre, nonagenario casi, cuando un día lo bajamos a la piscina del hotel catalán en que nos hospedábamos. «¡Dios mío!, me dijo: Y nosotros que nos íbamos a la estación del tren para ver los tobillos de las muchachas!» Con ese «nos íbamos», de tiempo pasado y aspecto imperfectivo, constataba asombrado los años de su mocedad con el presente. Y claro, sin saberlo, me ponía en la onda de la metasemia.

Inevitablemente, el atuendo, como signo de comunicación, codifica mensajes, ya somáticos, ya culturales, ya, sobre todo, sociológicos. Es, sin duda, una de las formas más perceptibles de hacerse real o presente en el mundo. Como signifiante

sociológico ostenta las más variadas connotaciones. Señalo tres casos: el de los uniformes militares, el de los hábitos religiosos y el de los llamados trajes regionales o folklóricos.

Los uniformes militares, particularmente los de la alta oficialía, con sus corrajes, polainas, charreteras, condecoraciones y otros arreos y caireles, tan etiquetados y tan nítidos, connotan cierta rigidez protocolaria, no exenta de orgullo, cuando no de engreimiento. Olegario Lazo Baeza, militar y escritor chileno, nos ha plasmado ese mundo que huele a vanagloria. Su relato «El padre», que constituye una de las cimas más altas de la cuentística hispanoamericana, así lo evidencia. Lo evidencian, igualmente, los desfiles nacionales que, más, acaso, que un alarde de patriotismo, son un inequívoco manifiesto de gallardía y de arrogancia; es decir, un derroche de brillantez altisonante y de pompa fatula.

Además de los uniformes militares, hay otros: los de las enfermeras, azafatas, «boy-scouts y, claro, los de ciertas escuelas privadas. Todos ellos anuncian corrección, meticulosa corrección, incluso. Quizá sea por esto por lo que en el mundo escolar-juvenil se detestan. Se los percibe como una imposición liberticida, como una represión de sus derechos, como un atentado contra su personalidad. A veces, en estas instituciones, se permite que sus alumnos, en días determinados, se liberen del uniforme, mediante el pago de una cuota. La mayoría, naturalmente, se somete al pago, por darse el gusto de vestir a su antojo. Recuerdo, sobre el particular, al tío Sergio de la novela de García Ramis, cuando declara que «habla odiado toda su vida el lacho que había que llevar al cuello hasta el sexto grado «en la escuela de Cristo Redentor...». De inmediato, su sobrina y los otros contertulios se asocian a su declaración y emiten uno tras otro las suyas:

- Yo también lo odio, dijo
- Yo lo que odio es el color morado del uniforme, dijo Quique.
- Y yo que no nos dejen usar mocasines y tengamos

que usar esos bodogros de zapatos amarrados, dije»- (Felices días, tío Sergio, Edit. Cordillera, 2 edic.1987.p.38)

Parece, pues, a juzgar por sus expresiones, que perciben el uniforme como una estrategia de represión que los degrada.

También los hábitos religiosos, un tanto secularizados ya por la espiritualidad secularizante, discriminan socialmente. Pero en su caso, el discrimen no es de signo exhibicionista ni expresan altivez. Por su origen, se vinculan a veces con la indumentaria de las clases pobres de la época en que surgieron las distintas órdenes religiosas. Así, pues, al par que anacronismo, sugieren humildad, pobreza, recato, sabiduría. Desde el punto de vista somático, neutralizan los perfiles sexuales de quienes los visten, sean frailes o monjas. Sin embargo, no endurecen ni magnifican su personalidad, como lo hacen los uniformes militares; antes bien, la ablandan y la aproximan. El hábito connota, así mismo, socialmente, religiosidad y virtud, pero como sostuvo escandalosa y magistralmente Erasmo, no necesariamente la significan: «Monachatus non est pietas». Mas, al igual que el uniforme, segrega y marca la pertenencia al grupo. En ocasiones, éste puede estar estigmatizado por determinados estatutos sociales. Es el caso, en la España medieval y renacentista, de los judíos y de los musulmanes, que estaban obligados a llevar distintivos o insignias en su ropa que los discriminaba social y religiosamente. Es el caso, así mismo, de los «sambenitados» por la Inquisición. El «sambenito» o saco bendito era el indumento penitencial que discernía a los procesados del resto de los fieles. Este discrimen representaba el supuesto deshonor o villanía de haberse convertido a la fe cristiana -de ordinario a la fuerza-, y judaizado después. Pasado el tiempo de la penitencia o muertos los sambenitados, sus vestiduras pasaban a ser propiedad de la Iglesia que las exhibía en las paredes de las parroquias a que habían pertenecido, como si fueran «exvotos» de una fe errátil, para infamia y escarnio de sus familiares y para escarmiento de los fieles.

Una especie de variante del uniforme y del hábito, como elementos ajenos a las peripecias de las modas, esto es, anclados en la acronía, son los llamados trajes regionales o folklóricos. Como el tiempo y el espacio son factores de diversidad, los trajes son también diversos. Por su origen, a diferencia de los hábitos religiosos y en contra de lo que se cree, no son la expresión del pueblo como tal ni de su idiosincrasia, sino la proyección anacrónica y fosilizada del supuesto buen gusto de la alta burguesía o de la aristocracia en un momento dado de su historia. Y es por esto por lo que nos resultan, de ordinario, tan pulcros, tan acicalados, tan ceremoniosamente artificiosos.

Al margen ya de los hábitos y de los uniformes, el atuendo puede ser símbolo de bienestar económico y de fortuna. El poeta español Jesús Munárriz lo ha registrado sucinta y felizmente al hablar de la época de las vacas flacas de la postguerra española. En un poema que titula «Los sastres preferidos» y que consta de sólo seis versos declara:

*los sastres preferidos
eran los que sabían dar la vuelta a los abrigos viejos o
sacar de un
chaleco un par de pantalones para el niño.
balenciaga quedaba un poco lejos.*
(Poesía joven española, Selección de Concepción G. Moral y Rosa María Pereda. Edit. Cátedra, Madrid. 1982, p.98).

Y en otro poema, igualmente breve y escueto, ironiza así, refiriéndose a las clases sociales y banderías políticas de aquel momento:

*los rojos no usaban sombreros, ni corbatas,
ni coche,
ni siquiera zapatos,
calzaban casi todos alpargatas.*
(Los rojos no usaban sombreros, en:
Poesía joven española, p.97).

Pero, al par de la riqueza y de la fortuna, como en el Cantar de Mío Cid, o de pobreza, como en los versos de Munárriz, la ropa puede ser un

indicio de ostentación y de competencia, como en el Debate de Helena Y María, y hasta una estrategia de autopromoción. La ostentación fastuosa que se manifiesta, ya en prendas superfluas, ya en accesorios caros -pieles, estolas, hebillajes, brazaletes, cinturones, sombreros, bastones, cadenas, pantallas, collares, zapatos, lentes..., siluetean, posiblemente, una personalidad protocolaria y, acaso, un ser que vive en personaje más que en persona, que es una de las manifestaciones de la esquizofrenia. Y de esto, que constituye un aspecto de la dialéctica de la existencia, que es, en buena medida, la dialéctica del ser frente al parecer, todos tenemos algo. Así lo expresó Gracián cuando dijo:

Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen: son raros los que viven por dentro y muchos los que se pagan de lo aparente. (Oráculo Manual)

Se pagan -nos pagamos- porque la apariencia se valora. Por eso es que no faltan, en este mercado de pseudovalores, quienes asocien el atavío con el rango y se crean, no sólo que valen o pueden más, sino hasta que son más. Pero, sí tanto se pagan de su apariencia es, posiblemente, porque por dentro son pobres. Es la filosofía revanchista del Lazarillo, que se imagina que con una capa de segunda mano, o de primerísima si se quiere, se puede ser un auténtico hidalgo o un gran doctor.

Pero, tanto el autor de El Lazarillo, como el del Libro del Buen Amor, saben el truco; es decir, saben que no sólo bajo los ropones fastuosos, sino hasta bajo los birretes, y togas, y solideos y demás significantes de la emblemática intelectual se oculta y espelnde la ignorancia. Ciertamente que el morbo del exhibicionismo ha devorado a algunos grandes talentos, pero de ordinario, la verdadera inteligencia -un Einstein o un Picasso, por ejemplo- opta por la sencillez. El que confía su dignidad, su jerarquía o su cultura a los significantes que la simbolizan lo hace, posiblemente, porque no se siente de verdad prestigiado por ellas. Y esto no es, en el fondo, más que una forma de mendicidad y mendacidad a la vez. Cabe, sin embargo, añadir

que no todos los mendigos son haraposos por dentro. Y algo mucho más escalofriante: que no pocas veces, « la maldad se viste de limpio», según dice un refrán. Por desgracia, los llamados crímenes de cuello blanco son más de la cuenta. En el fondo, pues, el atuendo puede ser un disfraz. La paremiología nos previene: «Dime de qué alardeas y te diré qué te falta».

B. Función expresiva:

Desde el punto de vista de la función emocional o expresiva, la ropa proyecta la sensibilidad del usuario, el sentimiento de individualidad o diferencia, el sentido de integración o distanciamiento del grupo, el adanismo, la rebeldía, etc.; y, al revés, el sentimiento de igualdad, de proximidad o de nivelación existencial, la deferencia, etc. Se podría, quizá, sostener que el atavío es un pregón visible de lo invisible de la persona. Amado Nervo escribió que el cuerpo no es más que un medio de volverse temporalmente visible. Lo mismo se podría decir del vestido, en la medida en que éste reemplaza al cuerpo. Basta, incluso, una prenda para poder adivinar los perfiles psicológicos de alguien. Así, al menos, lo anuncia, categóricamente, García Lorca en una de sus cartas a Ana María Dalí:

Dame -le dice- un guante y te diré el carácter de su dueño.

(Obras Completas, Aguilar, 1971, p.1639)

Es ésta, a todas luces, una frase, más que hiperbólica, gárrula; pero abundan decires a tenor de éste. A la corbata, por ejemplo, se le han atribuido las más pintorescas peculiaridades, hasta convertirla en un accesorio realmente fetichista. Se ha dicho de ella, por ejemplo, que define a un ejecutivo, que produce respetabilidad, que revela los secretos perfiles interiores, -el aire deportivo, la jovialidad, la alegría de vivir, la extravagancia...-; o, por el contrario, la aterosclerosis psíquica, la carencia de impulsos, la modestia, el empaque, el misonerismo... ¡De lo que nos libramos los que vemos en ella una hermosa serpiente cascabel en forma de dogal!

Pero, aunque tales pareceres resulten exagerados, si parece verosímil que la forma de vestir proyecta la psicología del usuario. En este punto se pueden aventurar diversas hipótesis. Se puede sugerir, por ejemplo, que el modo de vestir es un indicio del trato que cada uno se da a sí mismo, ya aristocratizante, ya proletario, ya, acaso, de paria. Y, tanto como esto, podría ser un síntoma de autocomplacencia, más o menos narcisista, o de autorreconocimiento compensatorio por alguna carencia secreta, o un simple capricho del gusto estético. En otras palabras, que el modo de vestirse puede ser una forma de acariciarse psicológicamente, de autoidealizarse un poco, de salir de la rutina cotidiana y de la anonimidad, de «desestresarse», acaso.

Hay personas también para las que cualquier estreno representa, como en la infancia y adolescencia, una gratificación frutiva e, incluso, una especie de estímulo existencial. A veces, al observar lo bien que alguien va vestido, recibo contestaciones como éstas: «A ver si me levanto la moral»; o, «Para estar en algo»; y también, «Para verme mejor». etc. que parece que no dicen nada, pero que son como fisuras por las que se cuele, Dios sabe qué matiz de insatisfacción, de descontento o de baja autoestima. En cualquier caso, insignificante o notorio, cierto desajuste emocional. Y la verdad es que cuando el atuendo resulta del total agrado de la persona que lo lleva, como que se siente más segura de sí, y más confiada y hasta más jovial. Por eso es que con tanta frecuencia se recurre al consultorio del espejo. De cualquier modo, la forma de vestir se perfila como un intento de configuración personal, próximo en algunos casos al veddettismo de la pasarela; en otros, tal vez, al ritual ceremonioso, y quién sabe, si en alguno, a la autocaricatura inconsciente. En el caso de Segismundo, el lujo que observa en tomo a sí cuando, desnarcotizado ya, despierta en el palacio, le hace poner en duda su propia identidad:

¿Y yo en palacios suntuosos? - ¿Yo entre telas y brocados? ¿Yo cercado de criados - tan lucidos y briosos? ¿Yo despertar de dormir - en lecho tan excelente? ¿Yo

en medio de tanta gente - que me sirva de vestir? Decir que sueño es engaño: - bien sé que despierto estoy. ¿Yo Segismundo no soy? - Dadme, cielos, desengaño. (Calderón, La vida es sueño, Jornada 2. Escena 3)

Contrario al común de los mortales, Segismundo cree que las ropas le mienten y le niegan su verdadero ser, que no lo configuran de verdad; que lo disfrazan. Sucede así, porque su vivir no es hacia afuera, sino hacia adentro, hacia el trasfondo del ser y no hacia su epidermis.

C. Función apelativa:

La función apelativa o conativa del lenguaje se centra, sobre todo, en el reclamo, en la llamada de atención. Se manifiesta, lingüísticamente, en las interrogaciones, en los vocativos y en los imperativos. Literariamente se da, primordialmente, en la literatura de agitación y propaganda, en el teatro y en la oratoria. Pero, donde asienta su señorío en el mundo moderno es en los anuncios comerciales.

Desde el punto de vista apelativo, la ropa funge como un medio de autopromoción personal. Consciente o inconscientemente implica el deseo, no sólo de verse bien a sí mismo, sino de ser bien visto, de ser reconocido, de ser mirado; esto es, de impresionar, como veíamos en el Cid, de significarse ante el tú, de hacerse grato a él. Quizá sea esto, el afán de agrandar, esa especie de «captatio benevolentiae» que los clásicos confiaban a la primera parte del discurso, lo que hace que las personas se trajeen de un modo u otro. En este sentido, se podría también entender la indumentaria como un fenómeno de vanidad socializante.

Próximo al propósito de agrandar, está el de atraer, e incluso, si llega el caso, seducir. Me refiero a la seducción erótica, en la que el vestido ha representado siempre una especie de coqueteo fáctico, más provocador acaso que la misma desnudez. Como anota en alguno de sus libros Ortega y Gasset, la Maja Vestida de Goya incita más que la desnuda. La razón parece obvia: el nudismo suprime uno de los ingredientes más

importantes del trájín amoroso: la curiosidad, la magia de descubrir progresivamente el misterio. Ahora bien, como estrategia de seducción, el vestido recaba para sí la suavidad y sutilidad de la textura, de forma que sea, como una segunda piel, una caricia para el tacto. En ocasiones aboga por los atuendos amplios y vaporosos, que hacen que la brisa corra con libertad entre sus pliegues y que el cuerpo se sienta tan libre y desnudo como el del rey del cuento de El Conde Lucanor. En otras ocasiones, se ciñe de tal modo a él que, que siluetea con exactitud sus contornos y convierte determinadas zonas del mismo en zonas erógenas. El uso de pantalones por parte de las féminas, sobre todo, puede ser tanto un significante de connotación erótica, como de contenido liberacionista. En este último aspecto podría denotar, -dado que la frase «llevar los pantalones» expresa autoridad, poder y mando,-una arrogación de estos privilegios masculinos, al par que una reivindicación de sus niveles decisionales y una equiparación jerárquico-social con el mal llamado sexo fuerte. Es decir: un aquí cuentan las mujeres, que diría, aunque en otro sentido, María M. Solá.

Con la imagen de los pantalones, me viene a la memoria El entierro de Cortijo, de Edgardo Rodríguez Juliá. Al asomarnos a esta crónica novelada vemos que las multitudes pregonan en su calzar y en su vestir las marcas comerciales del momento -Addidas, Champions...- y las pregonan inconscientes de ser el instrumento de una propaganda despersonalizante que los pone en la órbita del mimetismo. Años antes se habían puesto de moda, en aparente gesto de solidaridad con el proletariado, los pantalones al estilo fabril de los obreros. Pero, paradójicamente, aquellos bombachos se habían aristocratizado, no por lo que representaban en sí, sino por su costo. Se puso de moda, como quien dice, aparentar ser pobre, pero sólo podían hacerlo quienes no lo eran tanto. Hay modistos que usan la ropa como si fuera papel de regalo y así van sus modelos. Recuerdo al pobre gitano de García Lorca, malamente intervenido por la Guardia Civil:

Después, mi madre, a la noche, me pondrá en papel de plata.

(Romancero Gitano)

Imaginaba, acaso, que con tal aforro se restañarían sus heridas.

Y tras la imagen de la ropa como papel de regalo me viene la de algunas señoras recubiertas de pieles. Me pregunto, si en el trasfondo último de su inconsciente no será ese camuflaje un síntoma de licantropía. No sé, pero a veces sospecho que quienes se visten con excesiva elegancia lo hacen porque no tienen nada mejor que lucir. Sospecho que a falta de ser derrochan parecer. Pero imaginarse que se es más persona a cuenta de unas telas resulta triste; tan triste como la cola de pavo real de una bailarina semidesnuda. Lo que de verdad viste a una persona, lo que la aristocratiza es el trabajo responsable, la decencia, el sentido del prójimo, la ortopraxis. Cuando el parecer no responde al ser estamos ante una falacia noética. Y ante esa falacia, la obra de misericordia que prescribe «vestir al desnudo» hay que entenderla al revés.

La sobreatención al atuendo puede tergiversar los valores. Esto ocurre siempre que se otorga la primacía del vivir, no al ser, sino al parecer que se es; es decir, al vivir **en personaje** más que en persona. De ordinario, este vivir en personaje más que en persona se apuntala sobre la adulación, la intriga, la extravagancia, el exhibicionismo enajenante, la cultura del «ego». Hace unos meses leí la Carta a los jóvenes, de San Basilio, que versa sobre cómo leer a los clásicos. En un momento de su exposición, y en alusión al tema que nos ocupa, sostiene:

Preocuparse más de lo necesario por el corte del pelo o del vestido es, según Diógenes, cosa de desgraciados o de injustos. (Traducción de Enrique Rodríguez Panyagua. Imprenta «Kadmos», Salamanca, 1997. o.35).

Me sorprendió sobremanera esta frase. ¿Por qué tal conducta es cosa de desgraciados o de

injustos? Sólo se me ocurre una respuesta: porque la atención excesiva al vestuario puede ser indicio de una orientación desordenada hacia sí mismo; lo cual, a su vez, se traduce en falta de solidaridad y, como consecuencia, de justicia. También -elucubro- podría ser señal de que uno se toma a sí mismo demasiado en serio. Y, cuando esto sucede se pueden generar sentimientos de autopreferencia indecorosa o de alarde egotista, que es lo que de ordinario nutre los complejos de inferioridad y de superioridad, los cuales, según Alfred Adler, suelen ir juntos, como hermanos gemelos.

D. Función estética:

Otra de las funciones que podemos analizar en la ropa como signo de comunicación es la función estética que atiende, no ya al quién del hablante, ni al qué del mensaje, ni al para quién del mismo, sino a su cómo. Y en este particular hay que admitir que, así como la lingüística ha descubierto que no se pueden separar el fondo de la forma, sino que juntos integran el todo del mensaje, así tampoco se puede disociar el vestido de quién lo lleva, porque se condicionan recíprocamente; esto es, que el primero actúa sobre el segundo y éste, a su vez, sobre el primero. Por eso, atuendos idénticos se ven diferentes cuando lo son los usuarios. Gibrán Jalil Gibrán, ese enorme poeta del apólogo y del símbolo, lo puso de relieve en una de sus más prestigiosas páginas de El vagabundo. Se titula, precisamente, «El vestido». Dice:

Un día, la Belleza y la Fealdad se encontraron en una playa. Y se dijeron una a la otra: «Vamos a bañarnos al mar». Luego se quitaron sus vestidos y nadaron en las aguas del mar. Y al cabo de un rato, la Fealdad regresó a la playa, se puso los vestidos de la Belleza, y siguió su camino.

Y la Belleza también salió del mar, y no encontró su vestido, y era demasiado tímida para andar desnuda, por lo que se puso el vestido de la Fealdad. Y la Belleza también siguió su camino. Y desde entonces, los hombres y las mujeres las confunden una con otra.

Sin embargo, hay quienes han contemplado el rostro de la Belleza y que la reconocen a pesar de los vestidos que lleva. Y hay otros que reconocen el rostro de la Fealdad, sin que la tela se la oculte a sus ojos.
(Versión castellana de Sergio René Madero, Edit.
Orión, México, 1972.p.17)

Tras esta sugestiva parábola del eximio poeta libanés, que nos dice una vez más que el hábito no hace al monje, he aquí otra página excelsa de Juan Ramón Jiménez; página que compendia, no sólo una estética literaria convincente, sino la más gallarda fórmula del bien vestir. La llamaré la fórmula del expolio, o del «strip tease», o de la galanura soberana, o de la máxima elocuencia: la fórmula de su majestad la sencillez. Si la indumentaria de uno revela su forma de situarse ante el mundo, la mejor indumentaria es la de la verdad propia, sin maquillajes excesivos ni acalamientos vacuos. Transfiriendo al vestido lo que Juan Ramón escribe sobre su poesía, tendremos. «mutatis mutandis», un parámetro adecuado para cualquier situación. Dice el poeta:

Vino, primero, pura,
vestida de inocencia;
y la amé como un niño. Luego
se fue vistiendo de no sé qué ropajes;
y la fui odiando, sin saberlo. Llegó
a ser una reina
fastuosa de tesoros...
¡Qué iracundia de yel y sin sentido!
...Mas se fue desnudando.
yo la sonreía.
Y se quitó la túnica
de su inocencia antigua.
Creí de nuevo en ella.
Y se quitó la túnica,
y apareció desnuda toda....
!Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!.

La desnudez poética de Juan Ramón no es más que la supresión de lo accesorio, la poda verbal de cuanto sobra en un poema. Así también, en materia de atuendo, hay que aprender a despojarse

de lo postizo y andar «vestido para la desnudez», según la consigna paradójica y radiante de Matos Paoli. Vetirse para la desnudez: !qué desafío y qué gran logro de pulcritud humana si se consigue!.

En síntesis:

La función más importante del vestido - omnicomprendiva- es la social, ya que abarca y compendia toda la gama de manifestaciones de la persona: las privadas y las públicas, las políticas y las religiosas, culturales y las deportivas ... En todas ellas, el atuendo responde a la ocasión. En unos casos se maximiza y en otros se minimiza. No es lo mismo un weekend playero, con su ritual de olas y de arenas -hidroterapia y helioterapia simultáneamente-, que la cena de gala, a bordo de un crucero, la noche del capitán.

Ahora bien, en la medida en que el paramento añade a la persona algo que ésta no es realmente, en esa misma medida la falsea. Ni las personas ni los altos cargos se prestigian de verdad por la investidura, sino por lo que realmente son. Ello no obsta para que, a falta de oro, se revista la iglesia de oropel. Entre otras razones. porque el decoro tiene sus exigencias y no se debe ser, en una sociedad de seres imperfectos, demasiado cínicos. Hay, sí, que cuidarse del virus de la pasarela, pero también de las bacterias del adanismo. Los fabulistas del siglo XVIII, que fue un siglo de retoques borbónicos y de muchas pelucas, abundan en observaciones al respecto. Uno de ellos, Félix María Samaniego, en su fábula sobre «La gata con cascabeles», reflexiona en voz alta:

*!Cuántos chascos se llevan en la vida
los que no consideran más que las apariencias!
(Fábulas, Clásicos Castilla. Madrid, 1975,p.208)*

Y Tomás de Iriarte, en su fábula «La mona» insiste, a propósito de ésta, en los estragos que puede originar el personaje sin persona. Todo ocurre a cuenta de una mona que se vistió «un traje de colorines - como el de los matachines» y sedujo

con él a todos sus congéneres, que la eligieron, seducidos por su ornato, como su guía. Pero, como «la ropa no da ciencia», la muy mona los condujo al fracaso.

Hay, pues, que estar atentos al retoricismo del vestuario. Tanto más, cuanto que nuestro siglo XX, en transición hacia el XXI, se ha definido como el siglo de la imagen y de la civilización por la imagen, que lo mercadea todo. Realmente, la industria de la imagen ha ideoforjado una iconografía juvenil y seductoramente superficial que señorea en los mercados y que los favorece a todos los niveles. Esta iconografía de personalidad epidérmica representa el imperio de la forma sobre el fondo y, en última instancia, la exhibición del vacío. Las buenas formas son, ciertamente, encomiables, pero a condición de que no sean sólo de postín. La prosapia y alcurnia verdaderas son productos que nacen de lo hondo, de lo más entrañado de las personas, no de sus barnices y maquillajes.

En fin, apporto, por último, para estetas de paladar más exquisito, otro texto de prosa bien labrada: el capítulo XII de La perfecta casada, de Fray Luis de León. Karl Vossler, uno de sus estudiosos más perspicaces, señaló en su día que

...su hermosa prosa contiene más poesía que todos los epitalamios que se produjeron en la literatura occidental durante el Renacimiento y el Barroco. (Cfr. Fray Luis de León, España Calpe. 1961, p.66)

¿Hiperbólico? El capítulo en cuestión, que ocupa una cuarta parte de todo el tratado, se refiere al vestido y al aderezo de la mujer. Sus observaciones, a pesar de los más de cuatro siglos que nos distancian de la obra, tienen todavía vigencia. En una de ellas, considera el atildamiento, al que llama «adulterada hermosura», como producto de lo que hoy llamamos complejo de inferioridad. Pues, la que se atilda, se tiene «a si misma en tanto grado fea -escribe-, que haya menester de hermosura postiza, comprada y sobrepuesta» Por otra parte, entiende que «la

limpieza es el fundamento de la hermosura y la mayor parte de ella». En otro párrafo, compara a las mujeres que se engalanan mucho por fuera con los templos de los egipcios, de los cuales dice, basándose en Clemente de Alejandría, que están muy ornamentados en sus aledaños y en sus pórticos, pero en lo más íntimo de ellos no guardaban más que algún animal - gato, cocodrilo o sierpe-, «no ya digno de templo, sino dignísimo de cueva o de escondrijo, o de cieno». Fray Luis propone, como el vestido más apropiado, la conducta, las obras, la ortopraxis: «la seda de la bondad, la holanda de la santidad, la púrpura de la pureza», y así sucesivamente. En otras palabras: propone la noética del ser sobre el parecer, la primacía del fondo sobre la forma, lo substancial sobre lo accesorio. Son éstas, sin duda, exigencias mayores, porque es un esencialista. Pero su orientación apunta a lo correcto: vestir de persona más que de personaje.

BIBLIOGRAFÍA

Además de las obras literarias a lo largo de mi exposición, me he servido, desde el punto de vista teórico, de los siguientes recursos:

Roman Jskobson, «La lingüística y la poética», en : Thomas A. Sebeok, Estilo del lenguaje, Editorial Cátedra, S.A. Madrid, 1974. pp.123-173

Alison Luirie, «El código del vestido», en The New Review of Books, 1976. (Traducción de Teresa Fernández Muró)

José Ortega y Gasset, «Marco, traje y adorno», Obras Completas, Editorial Revista de Occidente. Madrid, 1957, Vol. II, pp.310-311.

..... «Para una ciencia del traje popular», Obras Completas, Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1957, Vol. II, pp.697-702.

Nilita Vientós Gastón, El traje típico puertorriqueño», Índice General, Tomo 11948-1956, Editorial de la Universidad de Puerto